

CELCIT. Dramática Latinoamericana 390

EL AJEDRECISTA

Jaime Chabaud

para Silvia, por los días felices

PERSONAJES: M (3) / F (1)

Fernando de Acuña, 45 años.

Vicente Mateos, 30 años.

Cristina, 28 años.

Pregonero, de edad indefinida, cumple con las funciones de Carcelero, Mayordomo, Verdugo, General, Mesero, Padrino de duelo y Maximiliano.

En su grave rincón, los jugadores
rigen las lentas piezas. El tablero
los demora hasta el alba en su severo
ámbito en que se odian dos colores. [...]

Tenue rey, sesgo alfil, encarnizada
reina, torre directa y peón ladino
sobre lo negro y blanco del camino
buscan y libran su batalla armada.

Dios mueve al jugador, y éste, la pieza.
¿Qué Dios detrás de Dios la trama empieza
de polvo y tiempo y sueño y agonías?

Fragmento de 'Ajedrez' de Jorge Luis Borges.

ÉPOCA:

La acción ocurre a fines del siglo XIX en la ciudad de México, durante un nuevo período presidencial del general Porfirio Díaz.

ESCENARIO: sUn sótano-calabozo. La única aparente entrada a éste es una estructura-escalera metálica. Entre los dos tubos de la estructura corre una especie de ventana pequeña con barrotes que servirá en distintos momentos como puerta-ventana-guillotina. La ventana podrá subir y bajar por medio de una

cuerda que sólo podrá manejar el Pregonero. La estructura-escalera situada al fondo del escenario, tendrá escalones en forma de grapa del lado que da a proscenio con el objeto de crear la idea de peldaños empotrados en la pared. En la parte superior, una pasarela también metálica da acceso a la estructura-escalera. Fernando, en ningún momento podrá acceder a este espacio elevado donde también vemos una manivela vieja y oxidada que accionará el Pregonero para distintos efectos marcando transiciones espaciales, temporales y de realidad. Abajo, en el calabozo, aparecerán mesas, sillas y otros elementos que se vayan mencionando en relación a las escenas donde aparece Fernando.

Está oscuro. Por la ventana se cuele luz que ilumina tenuemente la parte inferior del escenario. Fernando de Acuña, tirado en el piso, da vueltas sobre su cuerpo. Sus brazos están sujetos por una camisa de fuerza manchada de sangre en un hombro. Los movimientos de Fernando son rítmicos y pausados y su respiración, en contraste, es sumamente irregular y sonora. Se detiene.

FERNANDO: ¡Ssshhh! (Silencio.) ¡Ssshhh! ¡Caballo alerta, peón leal! ¿No escuchan nada? ¡Ahí están las bayonetas, justo un paso adelante de esos pasos! (Silencio. Reinicia su movimiento.) ¿Señora, no lo escucha? (Se duele del hombro. Sin detenerse.) Es otra vez la vieja herida, mi señora, de cuando entramos a Querétaro, de cuando cosimos con plomo al cerdo de ojos azules que nos mandaron del palacio de (exagera la pronunciación) Schönbrun.

Con dificultad intenta ponerse en pie. Primero logra arrodillarse. Se desplaza hasta la reja y apoyado en ella se levanta. Se escuchan cadenas cerca de la celda.

FERNANDO: ¡Sshhh! (Pausa.) ¿Oyó? (Pausa.) Los carceleros no tienen honor, ¿lo sabía, mi señora? No tienen rostro, ni pasado. Nacieron carceleros. (Pausa.) Escupen al desarmado y son incapaces de batirse como hombres, se arrastran por la humedad del mundo, señora. (Transición.) Recién soñé con una mujer huyendo por un tablero enorme de ajedrez. Algunos tipos la perseguían, rasgaban sus ropas: (pausa) eran carceleros y... la mujer... era usted, mi señora. (Pausa. Exaltado.) Sí, esos mierdas gritan que es manicomio pero yo sé que es una cárcel. Lo hacen con la intención de enloquecerme. Sí, mi señora, quieren desquiciarme y por eso golpean en la vieja herida, la que me hicieron en Querétaro, cuando reñimos el Capitán González y yo por ver quién le sacaba los ojos azules al tío Maximiliano para comerlos, (pausa) y que nos dio asco porque... (Pensativo.) ¿Por qué?

PREGONERO: (Fuera de escena, como un eco.) ¿Por qué, qué, qué?

FERNANDO: (Sin tomar en cuenta la voz.) ¿Por qué, qué?(Acordándose.) Ah, sí, sí... (Alza los hombros. La camisa de fuerza lo aprisiona.) Por eso me han puesto

esto. Los cabrones tienen miedo de que me suelte y se las cobre. (Pausa. Categórico.) Y la voy a cobrar.

En el espacio elevado entra la silueta a contraluz del Pregonero que golpea la reja con una macana.

PREGONERO: No te duermas.

FERNANDO: (Somnoliento.) No duermo.

PREGONERO: Tienes visita, pinche loco.

Sale el Pregonero. La luz se torna onírica. Fernando se queda dormido. Entra en la pasarela superior Cristina paseando, con un antifaz y vestido negro., se santigua. Escuchamos campanadas lejanas. Fernando despierta sobresaltado, ya sin la camisa de fuerza. Va hasta la escalera. Habla en susurro.

FERNANDO: Quieren que crea lo del manicomio, pero yo sé... (Pausa. Seguro.) Lo vi en el sueño... También, señora, sé que usted me hizo su brazo ejecutor y no me di cuenta. Caí en su red como en un sueño. (Pausa.) No voy a darle el gusto de volverme loco para que su conciencia y su imagen pública no se turben nunca más, querida señora. (Respira agitado.) La maldad humana, usted lo sabe de mano propia, señora, escala los rincones del alma. Los doctores, los tazageros, saben que el sueño acarrea pregones peligrosos y recuerdos..., y su escote prominente, señora, también condenas... (Hipócrita.) Claro, mi señora, (violento) había que guardar el honor de los mordiscos de las ratas, de los tachos y marcas de las conciencias buenas. ¿No? (Irónico.) ¿A poco aún cabe en tu carne mordisco alguno, Cristina? (Compungido.) Perdón. Perdón. (Pausa.) Me juré hablarle de usted: le pido disculpas por lo escandaloso de mi historia. (Ríe y camina con ansiedad.) Aunque nuestras historias son dos gotas iguales con disfraces distintos, ¿no es cierto? (Se oye un golpe metálico.) No, no pretendo ofenderla. (Pausa.) Porque sabíamos las reglas de los juegos que jugamos. (Ríe nervioso.) Aunque su juego, mi adorada señora, tenía más dardos y ponzoña que las lenguas de los asesores del presidente... (Pausa. Mueve la cabeza con molestia.) Pero, eso es otra historia vieja que denigra... verdaderamente nauseabunda.

Fernando camina de un lado a otro. Se oye un silbato y entra el Pregonero caracterizado como Sereno por un extremo de la parte baja del escenario.

PREGONERO: ¡Media noche y todo sereno! (Ve a Fernando.) ¿Por qué camina de esa manera?

FERNANDO: (Desconcertado.) Yo no camino de ninguna... (Inquisitivo.) ¿Cómo entró?

PREGONERO: (Señala hacia piernas.) Por ahí, como siempre.

FERNANDO: Pero si la celda está cerrada...

PREGONERO: (Conciliador.) No hay de qué tener miedo.

FERNANDO: (Furioso, con miedo.) ¿Quién dice que tengo miedo?

PREGONERO: (Mueve negativamente la cabeza.) Señor, no se exalte, es sólo que se ve cansado.

FERNANDO: No quiero dormir. Necesito una taza de café. (Para sí.) Estaré bien, con eso estaré bien.

Se escuchan campanadas. Fernando va hasta la estructura-ventana. Intenta subir la escalera sin lograrlo. El Pregonero lo observa con extrañeza. En la pasarela superior donde está Cristina aparece Vicente. Se besan. El joven saca un cuchillo, corta su muñeca y da a beber su sangre a la dama quien ríe feliz. Fernando tapa sus oídos.

FERNANDO: ¡Dios, ahí está...!

PREGONERO: Deje de dar gritos, hombre de Dios. Va a despertar al vecindario.

FERNANDO: (Angustiado, ignora al Pregonero.) ¿Puedo hacerle una confesión, mi señora?

PREGONERO: (Hace mutis.) No soy ningún "mi señora", señor.

El joven da un pañuelo blanco a Cristina y sale. Ella lo lleva a los labios y la tela se tiñe de rojo.

FERNANDO: (Respira hondo.) Ahora tengo tanto..., tanto miedo de... (Titubea. Ella sonrío.) No se burlará de mí, ¿no es verdad? (Pausa.) Todos se han burlado; primero, por no batirme, y luego por hacerlo... ¡Vivir para dar gusto, ¿a quién?! (Pausa.) ¡Dígamelo!

Silencio. Cristina se quita el antifaz. Lo ve fijamente. Fernando la observa con una mezcla de temor y admiración. Ella dibuja con los labios la palabra "miedoso". Muestra con sarcasmo el pañuelo del joven y sale. Silencio.

FERNANDO: (Abatido.) ¡Cuánta burla y descaró! (Pausa.) Se me encaja en la piel un terror de ser dominado por el sopor... y dormir... (Ríe temeroso.) ¿No es cierto que es estúpido? (Se frota los brazos, como justificándose.) Es que con la humedad se entumecen, ¿sabe? (Titubea.) Sí, mi señora, una cantidad de miedo sólo comparable con el que me causan los tableros de ajedrez. (Silencio. Le

cuesta trabajo articular palabra. Un temblor lo recorre. Tiene la mirada perdida.) El miedo es una aguja en la memoria... Como cuando Vicente se escurrió de mis brazos con una estocada de muerte que salió de mi sable..., de mi mano negra de sangre...

Escuchamos música de violín. El Pregonero entra y desata la cuerda que sostiene la ventana, haciéndola bajar. Quita el candado de la ventana-puerta. Abre. Entra con traje de mayordomo y una silla con ruedas. Fernando se sobresalta y asume otra actitud. El Pregonero toma una elegante levita del respaldo de la silla y ayuda a Fernando a ponérsela.

PREGONERO: (En susurro.) ¡Señor, sé que pidió no se le molestara pero lo esperan en la sala! Son unos caballeros, policías, dijeron...

FERNANDO: (Con la mirada perdida.) Yo no sé nada.

PREGONERO: (Irónico) ¡Cómo no! ¡Acuérdese! (Misterioso.) Por el asunto de la madrugada de hoy.

Las demás luces desaparecen con rapidez, excepto un seguidor que se va cerrando poco a poco sobre el rostro de Fernando.

FERNANDO: (Susurra.) ¡Duerme, me dicen voces que no conozco! ¡Duerme y sueñate despierto repiten! (Pausa. Agitado.) Quieren que la sueñe, señora, sus muslos y mi lengua recorriéndoles como un caracol despacio que deja el rastro de su paso. (Pausa. Con desesperación.) ¡¿No entienden que no la quiero ver?!

PREGONERO: (Fuera del campo lumínico, en las sombras.) ¡Señor, los oficiales insisten en verlo!

FERNANDO: (Se tapa los oídos.) No estoy para nadie.

PREGONERO: Los gendarmes preguntaron que dónde estuvo hace unas horas, al amanecer...

FERNANDO: (Angustiado.) No los dejes entrar. Diles que salí rumbo a Querétaro..., que fui a visitar a mi amigo el gobernador.

PREGONERO: (Hace mutis.) También llegó una carta de la señora Cristina.

FERNANDO: (Imperativo.) ¡No estoy para nadie!

PREGONERO: (Fuera de escena.) Es urgente, un criado espera respuesta a la puerta.

FERNANDO: (Violento.) ¡Rómpela! (Aturdido.) ¡Ah, señora, sí, porque antes que nada me culpan de este amor que tengo por usted! (En este punto el seguidor se ha cerrado completamente sobre su cara.) Desconocen que todos los días hago propósitos para odiarla. (Pausa. Dolorido.) He mandado quitar sus retratos. (Silencio.) Por todos lados hay dedos acusadores.

Entra el Pregonero con un traje más descuidado, joroba y actitud de quien ha perdido algo al pasar por la puerta-estructura. Trae una lámpara de petróleo en una mano y en la otra, en la espalda, oculta una charola.

FERNANDO: (Pausa.) Quieren que no borre la imagen de Vicente, con su rostro blanco, su lengua blanca, sus ojos blancos, su boca blanca y el grito que se escapa, rojo, de mi sable.

PREGONERO: (Socarrón.) ¡Que entrarán por la fuerza los gendarmes, dicen!

FERNANDO: (Furioso y temeroso a la vez.) ¡Quieren que escupa culpas y dientes más de los que tengo! Y nada les basta. (Pausa.) Había prometido no batirme nunca más... (Suenan campanadas. Transición. Desbordado.) Pero cuando amanezca loco me voy a aferrar a los barrotes para gritarles que quién se atreve a hablar de infiernos delante del amor.

El Pregonero toma su lámpara y la acerca al rostro de Fernando. El seguidor se apaga y el escenario se ilumina precariamente. Tras un breve reconocimiento le muestra la charola.

PREGONERO: (Solemne.) Su cuota, señor.

FERNANDO: Pero si yo no...

PREGONERO: Me temo que no entiende. (Mostrándole la charola.) Su cuota, señor...

FERNANDO: (Molesto.) Yo no debo nada.

PREGONERO: (Cohersitivo.) Le advierto que el pago generoso y puntual permite la supresión de alguno de los episodios más bochornosos. (Con intención.) De los que usted más odia, por supuesto.

FERNANDO: (Titubea, temeroso.) No me puede meter en un sueño que no deseo sólo porque se le pegue la gana...

PREGONERO: (Harto) Usted elige el tamaño de su pesadilla.

FERNANDO: Pero, si no tengo cómo pagar...

PREGONERO: (Impaciente.) En el bolsillo de su levita.

Fernando, atónito, mete las manos en un bolsillo de su levita y extrae desmembradas manecillas y carátulas de relojes. Las ve extrañadísimo.

FERNANDO: ¿Manecillas...? ¿Carátulas...?

PREGONERO: De reloj. ¿Qué tiene de raro?

El Pregonero extiende la charola y Fernando deposita las piezas en ella. El Pregonero las cuenta desconfiado.

FERNANDO: ¿Con esto?

PREGONERO: (Se encoge en hombros. Luego las ve con fascinación y se las come, deleitado.) Sirve para comenzar, no sé si alcance.

FERNANDO: No le acepto...

PREGONERO: (Mastica presuroso el tributo.) Su tiempo corre, señor De Acuña, y el camino es largo.

FERNANDO: ¿Y los oficiales?

PREGONERO: (Imperativo.) ¡Siéntese y apreste los recuerdos!

FERNANDO: (Violento.) ¡Le digo que...!

PREGONERO: (Mutis.) En un momento vendrán a tomar su declaración.

El Pregonero regresa trayendo un hermoso tablero de ajedrez que coloca encima de la mesa.

FERNANDO: (Tenso.) ¿Qué pretende?

PREGONERO: ¿Perdón?

FERNANDO: (Por el ajedrez.) ¿Por qué lo trajo?

PREGONERO: (Con una leve sonrisa.) No entiendo, señor.

FERNANDO: Usted es el carcelero.

PREGONERO: Está equivocado.

FERNANDO: No, lo he visto antes, es el mismo rostro... Es el carcelero.

PREGONERO: (Un tanto impaciente.) La arena corre en el reloj, señor, aprovéchela.

FERNANDO: (Insistente.) No, no, era su cara escupiendo desde la reja.

PREGONERO: Se confunde.

FERNANDO: (Con violencia.) No voy a tocar ese tablero, ¿me oye?

PREGONERO: (Suspira profundamente.) Creo, estimado señor de Acuña, que su situación es precaria.

FERNANDO: (Lo amenaza con la mano cerrada. En voz baja.) Te mandó el secretario de don Porfirio para enloquecerme, ¿verdad?

PREGONERO: (Baja el puño del otro con suavidad.) Guarde sus arranques para mejor ocasión. Es más, no tardará en presentársele. Su alumno... (Irónico.) ¿Cómo es que se llama? Ah, sí, el señorito Mateos, está por llegar. (Pausa. Sentencioso.) Usted deberá regalarle aquél bello tablero, ¿no lo recuerda?

El Pregonero con lámpara en mano sube la escalera y da vuelta a la manivela. Se escucha el sonido de un viento poderoso. Fernando queda a oscuras y se ilumina un nuevo espacio en donde hay un baúl abierto del cual asoman casaca, sable y sombrero militares. Ahí, Vicente observa el tablero de ajedrez. Fernando entra al área iluminada de buen humor. El Pregonero desaparece en las sombras.

VICENTE: (Juguetón toma la figura de la reina.) ¿En dónde estuvo el error ahora, señora y gran puta?

FERNANDO: (Imposta.) The enemy is always the enemy! (Sacude el cabello de Vicente y va hacia el baúl.) El tablero, como la vida, es un campo de batalla.

VICENTE: Y me puse frente al pelotón, ¿no?

FERNANDO: (Le da una palmada cariñosa.) Nunca te batas. (Pausa.) Por muy impulsiva que sea la forma de proceder de la moda romántica del día, más vale conservar el pellejo. Nunca seas parte de la manada, por pura dignidad.

VICENTE: (Toma una foto y la observa gozoso.) De hecho estar en este país ya es en sí una guerra.

FERNANDO: (Saca el sable del baúl y lo pone contra el cuello del joven. Éste da un salto de susto.) Y la vida, tan frágil, parece siempre una enorme incertidumbre al albedrío de los poderosos. (Sonríe amistoso. Retira el arma.

Pausa. En tono serio.) ¡Como amigos, en serio, no vuelvas a ver el retrato de la mujer que tu maestro ama y desea! (Pausa.) ¿Entendido?

VICENTE: (Asustado.) Perdóneme, maestro, no sabía que ella...

FERNANDO: (Deja el sable en el baúl. Socarrón.) Que ella es uno de los mejores culos que mi tacto ha podido disfrutar. Sí, esa maravilla que ves ha robado mis sentidos a tal grado...

VICENTE: (Sincero.) Perdóneme, don Fer.

FERNANDO: (Cambia de tema.) ¿Por qué crees que esa reina se entregó?

VICENTE: (Confundido.) Usted tenía al caballo perdido. ¡Ahí estaba el jaque pero...! Todo iba bien.

FERNANDO: Ibas a toda madre, (toma la reina) hasta que esta señora se ahorcó.

VICENTE: (Sonríe, aceptando.) ¡Claro, cuando bajé para atacar a su rey y comí la torre!

FERNANDO: (Mientras guarda las piezas en la caja-tablero.) Cuando termine todo esto del juicio iré a ver al presidente Juárez para renunciarle...

VICENTE: (Irritado.) ¡De plano, maestro: el coronel González lo retó! Usted no tiene la culpa. (Pausa.) Lo mató en buena lid, como se saben matar los caballeros. Hasta lo hirió en el hombro.

FERNANDO: (Se mesa los cabellos con angustia.) Es que fue lo más tarado que he podido hacer en mi vida: matar a un pobre cabrón en pos de la reparación de un honor que no vale un centavo. ¡Uta! (Termina de meter las piezas del ajedrez.) El papá del finado coronelito desayuna dos veces por semana con el secretario de guerra. (Da la caja a Vicente.) Toma.

VICENTE: (Incrédulo.) No puedo aceptarla, maestro, de verdad.

FERNANDO: Siempre te gustó. (Vicente no se decide.) No seas infantil. (Pausa. Se la ofrece con un ademán.) Te lo doy, es un regalo.

VICENTE: (Angustiado, en actitud casi de berrinche.) Pero si de Querétaro regresó como un héroe.

FERNANDO: (Ríe.) ¿Qué es eso de ser "héroe"? Pendejadas.

VICENTE: Dirigir el pelotón de fusilamiento fue un regalo de sus superiores. ¿Qué hay de malo en ello?

FERNANDO: (Molesto.) Cómo eres ingenuo, Vicente. (Lo observa detenidamente. Sincero, le da un abrazo.) Te estimo, guey.

VICENTE: Gracias por todo, Don Fer.

Están a punto de abrazarse pero se congela la acción ante una carcajada del Pregonero que entra en ese momento, jorobado. Fernando se vuelve hacia éste y Vicente desaparece en la osuridad.

PREGONERO: (Muy divertido.) ¡Lindo, realmente lindo! ¡Cursi, dirían los entendidos de hoy!

FERNANDO: ¡Este jueguito no me gusta!

PREGONERO: ¡Le gustará! (Señala a Cristina que baja por la escalera.) Esa belleza quiere hablarle. (La ve y se chupa los labios.) Es un maravilloso halago, ¿no le parece?

CRISTINA: (Llega a Fernando.) ¡Piscis, piscis, te compré un regalo! (Abre una pequeña caja que saca de su vestido.) Para que sepas en qué minuto vives.

FERNANDO: (Enternecido mira el contenido de la caja. Acaricia a Cristina.) ¡Te amo, cosita! (Pausa.) Yo también, escorpioncita, compré algo porque me enteré de tu fiesta de hoy en la noche.

Fernando saca de sus ropas un paquete y lo extiende a Cristina. Ella sonríe y con curiosidad lo desenvuelve. El Pregonero se aparta y observa.

FERNANDO: Es un antifaz antiguo.

CRISTINA: (Lo ve maravillada. Besa a Fernando.) ¡Es extraordinario! ¿Las piedras son legítimas?

FERNANDO: (Se excusa.) No había mejores.

CRISTINA: ¿Te gustó el tuyo?

FERNANDO: (Saca de la caja un reloj de bolsillo con cadena.) No te dejaré plantada nunca más.

Cristina ríe feliz y sale. El Pregonero habla al oído de Fernando quien se ha quedado como ido.

PREGONERO: (Lo sacude, despertándolo.) ¡Señor, señor, tocan la campanilla! ¡Hoy toca su juego semanal con el señorito Vicente!

FERNANDO: (Incrédulo.) ¿Vicente?

PREGONERO: Es más, él está... poco más que ansioso por verlo... nuevamente.

FERNANDO: (Se deja caer en la silla, lívido.) Vicente... pero si yo vi con "estos" ojos...

PREGONERO: (En juego, como eco.) "Estos ojos".

FERNANDO: Cómo se iba poniendo blanco.

PREGONERO: "Blanco".

FERNANDO: Tieso... frío... (Larga pausa.) Con "esos" sus ojos.

PREGONERO: "Esos sus ojos".

FERNANDO: Clavados en algo que ya no existía...

PREGONERO: (Afuera suena una campanilla. Mientras hace mutis.) Le corresponden las piezas blancas... y es bueno recomendarle que no desperdicie su energía: concéntrese.

Fernando, solo frente al tablero, coloca las piezas blancas observando cada una con detenimiento. Entra Vicente y toma el asiento vacío. Acomoda las piezas negras.

VICENTE: (Cortés.) Perdón el retraso, maestro. En la alameda encontré a un compañero de la oficina y...

FERNANDO: (Ríe juguetón.) ¡Claro, te entretuviste con el viejo cuento del callejón de la soledad, ¿no?!

VICENTE: ¡Ah, qué maestro! ¿Quiere que le termine de contar o no?

FERNANDO: Por supuesto, todo lo que hable mal de don Ireneo Paz me interesa, claro.

VECENTE: (Ríe.) Pues sí, le decía que se puso reencabronado.

FERNANDO: ¿Y a poco si le soltaron lo de cornudo?

VECENTE: Sí, y luego, quezque de casualidad le dije que creía haberlo visto ahí por el callejón de la Soledad (Burlón.) Lo hubiera visto. Se puso todo colorado el méndigo.

FERNANDO: (Entre divertido y recriminatorio.) ¡Ay, canijo! Te encanta andar provocando. Te fascina hacer escándalo.

VICENTE: Nombre, y eso no es nada. El silencio lo rompió una mujer..., (recordándola) ¿cómo le diré? Yo la había visto alguna vez, hace mucho tiempo, en un retrato.

FERNANDO: (Engolando la voz dibuja en el aire, divertido, una silueta femenina.) ¡Qué piernas, qué chamorrones, y qué...! (Pone los ojos en blanco.)

VECENTE: (Traza una figura en el aire a la altura de su pelvis.) Pá qué lo desquicio, maestro.

FERNANDO: (Atacado de risa.) ¡Tremenda trastienda!

VICENTE: (Con intención) Y parece que la dama lo conoce a usted.

FERNANDO: ¿Ah, sí?

Fernando saca una licorera de bolsillo y bebe. Tiran un par de jugadas en silencio. Vicente contempla a Fernando beber y después de un momento esquiva la mirada, como cohibido.

VICENTE: (Retoma el hilo de la conversación.) ¡Ah, pues a la señora ésta, cuando todos teníamos más alcohol que sangre en las venas, le preguntaron de qué tamaño la tenía el licenciado Paz. Se puso toda colorada y dijo en son de guasa (imita a una mujer ebria.): "¡Uy, bueno, pero lo chiquito no le quita que es muy valiente!".

FERNANDO: Y el otro hecho un basilisco...

VICENTE: Sí, claro, quería dispararnos un pistoletazo en medio de las cejas. (Ríe.) Se fue echando chispas. El José de Jesús me dijo: "Ora sí se sentaron al changuito hocicón".

FERNANDO: (Divertido mueve una pieza.) ¿No amenazó con sacar un libelo en su periódico?

VICENTE: No lo dijo.

FERNANDO: Es su deporte favorito.

Ríen. Silencio. Obeservan el juego.

VICENTE: (Transición. Irritado.) Es que, de verdad, si lo hubiera mirado el otro día en el homenaje al maestro Bocanegra. Primero, era de verse, cómo estuvo

cazando donde era la bolita de los importantes. Y luego cómo se ponía de tapete de Don Porfis, riéndose de todas las pendejadas que decía el viejo.

FERNANDO: El viejo es zorro, por eso el fraude electoral es su premisa.

VICENTE: ¿Ya vió cómo se le ha ido blanqueando la cara y le han crecido las orejas?

FERNANDO: (Tira su primera pieza. Cordial.) Juega antes de que pierdas ahora tú.

VICENTE: (Sonríe con suficiencia.) Preparé una jugada que lo va a sorprender.

FERNANDO: (Irónico.) ¿El pato le tira a la escopeta?

VICENTE : ¡Quizá!

Juegan en silencio.

FERNANDO: ¿Dónde fue que le rompieron las medias al licenciado Paz?

VICENTE: ¡Ay, pobre don Ireneo! Señala el tablero.) El caballo.

FERNANDO: ¿Perdón?

VICENTE: Va en la casilla negra.

FERNANDO: ¡Ah, sí! (Corrige la jugada.) ¿En el casino?

VICENTE: No, en casa de la señora que le cuento. Muchos dicen que es una mujerzuela. (Suspira. Se encoge en hombros y ríe.) ¿A quién le importa? El otro día, aunque se caía de borracha, todos los mortales que estábamos ahí hubiéramos querido tocar la entrepierna de la diosa. (Pausa.) Se caía pero era la mismísima imagen de un ángel.

FERNANDO: (Tira una pieza.) ¿No sería un demonio?

VICENTE: (Suspira.) Las dos cosas, le aseguro que las dos cosas.

FERNANDO: (Irónico.) Te dejó herido, ¿eh?

VICENTE: Hay que andarse con cuidado porque las lenguas de la ciudad cuentan que tiene subsidios y protección de algún funcionario y uno que otro comerciante riquillo.

FERNANDO: A lo mejor hasta un administrador...

VICENTE: Pssss, si no, ¿quién lleva las cuentas?

FERNANDO: ¿Quién es ella ?

Ríe Vicente y siguen jugando. Fernando pierde algunas piezas más de las que pierde su contrincante.

VICENTE: (Punzante.) Por cierto, la viuda está..., porque es viuda, joven y tiene un tío quezque su tutor, que viéndolo bien no le queda mal lo de administrador. (Risas.) La vista se le hace más gorda que su barriga con los amantes.

FERNANDO: (Molesto.) ¿Quién es ella?

Fernando se toca instintivamente el abdomen. Se ha puesto muy nervioso ante las palabras de su alumno. Vicente mueve una pieza y come otra a su contrincante.

VICENTE: (Con intención.) Entre la lista de protectores de Cristina se estuvo rumorando que aparece su nombre, maestro.

FERNANDO: (Enrojece.) No arrastres la lengua, Vicente. Ser joven no siempre es ser inteligente.

VICENTE: (Conciliador.) ¡Oh, pues, si me lo toma a mal mejor ni lo menciono!

FERNANDO: (Exaltado.) ¡¿Quiénes estuvieron, eh?!

VICENTE : ¿En dónde?

FERNANDO: (Amenazante.) ¡No te pases de vivo, no le busques, no me busques!

VICENTE : ¡Oh, bueno, ¿y yo tengo la culpa de haber estado ahí?! (Le da unas palmadas en el hombro.) No se dijo nada... muy... alarmante sobre usted. Estaban el señor Verástegui y Romero, además, de Cristina y los padrotes en turno...

Fernando mueve una pieza y su contrincante la come. Evidente descontrol en su rostro. Los dos jugadores guardan un largo silencio. Vicente se va exasperando de que su maestro no tira.

FERNANDO: (Titubea.) La puta Cristina...

VICENTE: (Irónico.) ¡Vamos, vamos, maestro, juegue! ¿O qué, las faldas lo distraen? (Mide el efecto de sus palabras.) Esta señora me mencionó, "al oído", a su muy buen amigo Fernando de Acuña. Ya ve, no se preocupe.

Fernando, nervioso, seca el sudor de su frente. Vicente sonr e ir nico. Su maestro mueve una pieza y  l responde de inmediato con otra.

VICENTE: (Orgullosa.)  Jaque al rey, el primero que logro hacerle en meses!  No lo puedo creer!  Jaque! (Insolente.) Por lo visto "las musas" me sonr en,  no cree?

FERNANDO: (Mira iracundo a Vicente y hace un movimiento.) Pues no te vayan a resultar medusas.

VICENTE: (Feliz, tira y come una pieza.)  Uy, la bala me pas  rozando,  eh?!

Silencio tenso. Vicente contesta a un nuevo movimiento.

VICENTE:  Jaque al rey y muerte a su reina, maestro!

Fernando se levanta y con violencia desbarata el juego ante los ojos at nitos de su alumno.

VICENTE: (Casi estudiantil.)  Por qu  hizo eso, maestro? Yo iba a ganar. Estaba usted muerto.

Fernando agarra a Vicente por el cuello y lo zarandea ante la perplejidad de  ste.

FERNANDO:  T , imb cil, jams podras ganarme!  Entiendes?

VICENTE:  Pero, maestro...!

FERNANDO: Yo te ense  todo lo que sabes de esto.

VICENTE: (Asustado.) No lo quer a molestar.

FERNANDO:  No vas a burlarte de m !

VICENTE: (Asustado.)  Qu  le pasa, yo s lo bromeaba...!

FERNANDO:  Te voy a partir la cara, arribista!

Fernando, casi con pena por lo excesivo de su discurso, suelta a Vicente.

VICENTE: (Intenta reponerse, inseguro.) No lo dice en serio,  no es verdad?  Fijese en su comportamiento!

FERNANDO: (Amenaza con un dedo.) No esperes que te pida una disculpa. No suelo hacerlo y no lo har  ahora, y menos contigo.

VICENTE: (Sobreponiéndose.) No le sorprenda una reacción de mi parte.

FERNANDO: ¡No tengas la mala idea de amenazarme, que te puedo hacer daño!

VICENTE: (Retador.) ¿Quiere que le platique a Cristina en la fiesta que da esta noche...?

FERNANDO: (Iracundo.) Nos veremos en la noche.

VICENTE: ¿No cree que a los agregados "culturales" de Cristina pueda interesar el episodio?

FERNANDO: (Con un puño.) ¡Lárgate, pero nomás te digo, tú te atreves a mencionar esto y ¡cuidado!!

VICENTE: Hasta la noche, maestro.

La luz disminuye muy sensiblemente. Vicente sube la escalera y llega corriendo hasta Cristina que festeja la llegada del joven con la mirada clavada en un reloj de bolsillo entre sus manos.

CRISTINA: (Entusiasmadísima.) ¡Once segundos, Vicente, eres maravilloso!

Vicente toma de la cintura a la joven y le da vueltas regocijado.

VICENTE: (Se pone serio.) ¡Te amo, ¿entiendes?! (Pausa.) ¡Soy tuyo! ¡Si me dejas caer, me hago trizas! ¿Lo entiendes? (Suplicante.) ¡Por favor, engañame! ¡Dime que seré el único!

CRISTINA: (Cariñosa.) ¡Loco, mi loco delicioso!

VICENTE: Si no me quieres me doy un tiro, te lo advierto.

CRISTINA: ¿No se enojará tu maestro porque nos querramos?

VICENTE: Dímelo tú.

CRISTINA: (Duda.) Te estima tanto que esto sí le dolería.

VICENTE: (Apasionado.) No me importa correr el riesgo. (La besa.) ¿Ya no me quieres?

CRISTINA: (Acaricia la cabeza del joven.) Pero, loco, no te das cuenta que anoche no dormí... (Turbada.) Era luna llena... ¿Viste? ¿Tú qué crees que hacía? ¿Rezar el rosario?

Ríen. Fernando, desolado, observa la escena, grita. El Pregonero entra en la parte superior y da vuelta a la manivela que desata un sonido de viento tempestuoso. Vicente y Cristina salen como empujados por el vendaval. El escenario se ilumina tenuemente en una insinuada cuadrícula. El Pregonero desaparece en la oscuridad. Redoble de tambores y cascos de botas militares acompañan el diálogo de Fernando mientras él se pone una casaca.

FERNANDO: (Frota nerviosamente sus manos.) El tiempo los enmudeció a todos, a los alfiles, a los ingenuos peones... ¡Severas y silentes torres, que un día se quedaron calladas porque la medusa las hizo piedra! ¡Las hizo piedra para que no me adviertan de mi mortal enemigo! ¿No lo oyen? ¿No escuchan nada? (Pausa.) Ahí están las bayonetas, justo un paso adelante de esos pasos. (Pausa. Furioso.) ¡A la carga! (Se oye algarabía.) ¡Mil pesos oro a quien haga prisionero a Fernando Maximiliano de Habsburgo! (Largo silencio. Con una agitación que va creciendo.) El tiempo y la medusa los enmudecieron... ¡Ah, señora, reina mía, ¿por qué ese disfraz para engañarnos, para qué tantas distintas caras? Seguro para beber de nuestras venas hasta secarlas. (Silencio. Se resiente de la herida en el hombro.) ¿De qué materia es esta venda frente a mis ojos? Reina puta, puta reina. Acaba de una buena vez: dame reposo. (Se escucha un lejano clarín. Sobresaltado se agazapa.) ¡Ssshhh! ¡Sssshhhh! (En susurro.) ¡Caballo alerta, peón leal! ¿No lo oyen? ¿No los ven? ¿No escuchan nada? Ahí están las bayonetas, justo un paso adelante de esos pasos.

Un seguidor se convierte en la única luz, da sobre el rostro de Fernando. Se oye de nuevo el redoble de tambor. Él se cuadra. El Pregonero vestido de Verdugo encapuchado por la puerta-ventana., desamarra la cuerda de ésta y la eleva mientras Fernando da órdenes.

FERNANDO: ¡Preparen..., apunten...., (cesan los redobles) fuego!

El Pregonero hace caer la puerta-ventana a manera de guillotina. Una lluvia de plumas azules cae frente al supuesto cadáver que el Pregonero observa con fascinación mientras vuelve a subir la puerta-ventana-guillotina. Se oyen risas femeninas. Cristina entra corriendo juguetona con un listón rojo a manera de serpentina por el estrecho espacio que ha abierto el Pregonero. Éste hace caer la guillotina-puerta-ventana al tiempo que sale vertiginoso antes de ser golpeado por ésta. La joven amarra con el listón a Fernando. Coquetea con él y lo hace girar en torno suyo, como bailando. Entran a la zona cuadrículada por la luz. Conservan siempre una distancia dictada por el listón que les sirve de vínculo.

CRISTINA: (Infantil.) ¿No me quieres contar? ¡Andale! ¿Este era el uniforme? ¿En qué año fue?

FERNANDO: (Con deseo.) Si te acercas otro poco, te digo.

CRISTINA: No.

FERNANDO: (Cierra los ojos.) Quiero inventar tus labios con el roce de los míos.

CRISTINA: ¡Tonto! (Ríe con timidez.) ¿Fue en Querétaro? ¿Cuando mataron a tu tocayo Maximiliano?

FERNANDO: ¡Te puede costar algo que no me quieres dar desde hace mucho!

CRISTINA: (Con fingida indignación, coqueta.) ¡¿Le parece mucho tiempo una semana, caballero?!

FERNANDO: ¿Te parece poco para quien tiene tan perdida el alma como yo?

CRISTINA: (En el mismo juego.) ¿Cree que no se murmuraría nada de mi honor si no lo cuidara?

FERNANDO: (Retador.) Bueno, ¿quieres saber lo del presidente? ¿Sí o no?

CRISTINA: Dime o no hay trato.

FERNANDO: A Díaz recién lo habían nombrado general y yo acababa de batirme en duelo por primera vez. (Titubea. Sonríe.) Pero..., ¿es un trato?

CRISTINA: (Coqueta.) Casi.

FERNANDO: ¿Casi qué?

CRISTINA: Casi sí.

FERNANDO: No fue cuando Querétaro. (Recordando.) Eso sería poco después, por ahí de mediados del 67. (Duda.) No, no. Creo que más bien fue cuando comencé a darle clases de ajedrez a Vicente, con un tablero de marfil y onix que...

CRISTINA: (Interesada.) ¿Es el muchacho que fue al estreno la otra noche, en el palco, en el Nacional?

FERNANDO: (Titubea.) No sé... Este..., creo que sí. ¿Por qué?

Cristina suelta el listón y se turba. Fernando da un par de vueltas más y se detiene.

FERNANDO: (Retoma su narración.) Sucedió en la Cámara, cuando se inauguraron las sesiones y yo... (Ve la turbación de ella.) ¿Te pasa algo? Te has puesto pálida.

Se escucha un vals. Cambia la luz. Fernando, ya en levita, y Cristina bailan acaramelados en un reducido haz de luz. Entran por la parte superior Vicente y el Pregonero caracterizado como "joven de sociedad". Bajan por la escalera y

convierten la puerta en ventana. Se recargan y se asoman por ella para echar el humo de sus cigarros. El Pregonero suelta de pronto una carcajada interminable, histérica, cuando Vicente señala con una sonrisa mordaz a la pareja que baila. Fernando dice algo al oído de Cristina y ésta intenta detenerlo.

CRISTINA: (Seria.) No, por favor, en mi casa no.

FERNANDO: (Rojo de cólera.) ¡Suéltame!

Vicente intenta calmar las risas de su compañero de borrachera pero sin lograrlo. Opta por recargarse en la ventana. Fernando sale del círculo de luz que desaparece junto con Cristina y llega hasta Vicente que voltea de reojo nerviosamente. El Pregonero no puede detener sus risas. Fernando hace a un lado a éste.

FERNANDO: (A Vicente.) ¿No vas a tener siquiera los güevos de difamarme mirándome de frente? (Vicente visiblemente inquieto, no contesta.) ¡Ya lo imaginaba, mariquita!

Fernando, de un manotazo brusco, hace girar a Vicente. Éste no le da tiempo a defenderse incrustándole tremendo puñetazo en la cara. Fernando rueda hasta quedar sobre la cuadrícula lumínica que se enciende otra vez. Oscuro en la zona de estructura metálica. Risas estridentes se escuchan. Una luz estroboscópica sorprende a Fernando que corre accidentalmente por la carretera de cuadrícula. Una música tensa va incrementando su volumen acompañada del sonido de viento provocado por el Pregonero a quien vemos apenas en silueta en la parte superior. La angustia de Fernando se transforma en llanto y confusión creciente. De pronto tropieza y cae. La música cesa y en su lugar se oye un disco rayado con una estrofa de alguna ópera. El Pregonero es iluminado con mayor intensidad. Lo vemos en traje de Capitán de meseros, con modales afrancesados y desciende por la escalera.

PREGONERO: Bonsoir, monsieur.

El Pregonero mete una mesa de restaurante y enciende dos velas. Mientras se levanta con lentitud Fernando, el Pregonero sirve un par de copas de vino. Fernando va a la mesa y se sienta, mira el reloj que le dio Cristina en movimientos repetidos y entrecortados, desarticulados. El Pregonero toma una pequeña libretita y un lápiz.

PREGONERO: ¿Gusta ordenar, mi señor de Acuña?

Fernando ve el reloj de la misma manera desarticulada.

PREGONERO: La dama tarda en llegar como siempre, ¿no es cierto? (Mordaz.) Porque es una dama, ¿correcto?

Fernando repite sus movimientos.

PREGONERO: ¿Va a esperar otro poco?

FERNANDO: (Reacciona, como despertando.) ¡Eh, no, no creo! (Pausa. Con pesar.) Sería perder el tiempo... (Delirante.) Es usted carcelero, ¿no es cierto?

PREGONERO: ¡¿Pardon, monsieur?!

FERNANDO: (Toma su cabeza y la sacude.) No, nada, olvídalo.

PREGONERO: Le traje el vino de costumbre.

FERNANDO: ¡Eh, sí, gracias! (Reponiéndose.) ¿Qué recomienda la casa?

PREGONERO: (Saboreándose.) Qué tal un plato de "Visión de Shönbrun", receta vienesa por excelencia.

FERNANDO: ¿Es bueno?

PREGONERO: ¡Delicieux!

FERNANDO: (Distraído.) Sí, tráigalo.

Sale el Pregonero. Suena un teléfono antiguo que nadie contesta. Fernando cierra los ojos agotado. Entra el Pregonero. Se cortan los timbrazos del teléfono y en su lugar escuchamos el sonido intermitente de una llamada cortada.

PREGONERO: ¡Don Fernando, le hablan al teléfono! (Le toca el hombro y Fernando reacciona con dolor, por su antigua herida.) En la caja está el teléfono. Monsieur. (Irónico.) ¡Ah! Me pareció la voz de una dama muy agitada.

Fernando hace mutis mientras el Pregonero dispone la mesa. Sale a su vez éste y tropieza con De Acuña que regresa muy descompuesto y le entrega la levita que se ha quitado.

FERNANDO: (Mientras se sienta. Insolente.) ¿Se puede apurar con lo que pedí?

PREGONERO: (Sale.) ¡Oui, monsieur, tout de suite!

FERNANDO: (Sin prestarle atención, mascullando.) ¡Maldito, maldito! ¡Con qué placer te atravesaré el corazón! (Pausa. Lo ataca un casi imperceptible temblor.) Así, como un caballero, me lavaré las manos en tu sangre. (Pausa.) Te mandaré a la fosa de una limpia estocada, una estocada a fondo. Te sacaré los ojos como lo hice en Querétaro con el tío Max. Te abriré el vientre y vomitaré dentro. (Con enorme furia.) Quiero embarrarme el rostro con tu sangre.

Vuelve el Pregonero con una charola debajo de una campana metálica.

PREGONERO: (Ceremonioso.) Su platillo, monseigneur, espero lo disfrute. ¡Bon appetit!

Pone la charola frente a Fernando que la destapa para mostramos un plato negro en donde hay dos enormes ojos azules. Fernando corta con sus cubiertos un trozo y lo devora con avidez.

PREGONERO: ¿Me permitiría una pregunta, monseigneur don Fernando?

FERNANDO: (Come compulsivamente, atragantado.) ¡Adelante!

PREGONERO: (Cauteloso.) ¿Que se bate usted con el señorito Vicente Mateos?

FERNANDO: (Muy molesto.) ¿Quién te dijo tamaña sandez, ¿eh?

PREGONERO: (Titubea.) Bueno, se lo oí comentar a un cliente esta mañana y además...

FERNANDO: Todo el mundo sabe que Vicente es mi alumno en el ajedrez desde hace quince años.

PREGONERO: (Apenado.) Lo sé, pero hoy salió publicado en El Federalista que se van a matar esta tarde, en los llanos de Mixcoac.

FERNANDO: (Bota su plato. Un ojo rueda. Se levanta iracundo.) Y si me bato, qué, ¿es negocio de los sucios gacetilleros?

PREGONERO: (Recoge lo tirado por el cliente.) Dicen que don Portirio firmó un decreto prohibiendo los lances de honor.

FERNANDO: (Iracundo.) ¡¿Cómo puede prohibirlos quién no tiene honor qué perder?! ¡¡Bah!!

PREGONERO: Mais qu'est-ce que ça veut dire? Je vous en prie, monsieur! ¡Shh, aquí no, por favor, no nos comprometa!

Crisitina entra en la pasarela metálica con las ropas y el cabello descompuestos perseguida por Vicente, semidesnudo, en calzoncillos. Fernando y el Pregonero los observan uno con pasmo y el otro con maledicencia. Vicente la alcanza y toma por detrás juntándola a su pelvis. Fernando suelta un grito enorme y la oscuridad se hace en la parte superior. El Pregonero se quita el vestuario de camarero y aparece, jorobado, con su vestimenta habitual. Fernando quiere subir por la escalera pero el Pregonero lo detiene.

PREGONERO: (Muerto de risa.) ¿Qué ocurre, señor de Acuña, "alguien" se le perdió?

Le pone la casaca militar y un cinturón con sable.

FERNANDO: (Asustado.) Es que... yo es-ta-ba... Creo que... me siento mal...

PREGONERO: (A carcajadas, sacando una charola metálica.) ¡¡Mal!! ¡Mal! ¿Se siente mal?

FERNANDO: (Recobra el aplomo. Con molestia.) ¿Qué es lo gracioso?

PREGONERO: (Sonriente.) ¡Señor, sucede que ha terminado su crédito!

Fernando busca entre sus ropas pero no encuentra nada.

FERNANDO: Es que en el uniforme... Las tenía en mi levita...

PREGONERO: (Sonríe sarcástico. Mientras recorre el tablero en diagonales.) Si paga su adeudo no hay ningún problema para continuar.

FERNANDO: (Indefenso.) Es que quiero que se acabe ya.

PREGONERO: Por eso. Terminemos pronto. Es su decisión.

FERNANDO: Me siento como un estúpido acatando órdenes de mi carcelero.

PREGONERO: (Se rasca la nariz.) Me resulta divertido, realmente divertido.

FERNANDO: ¡¿Qué?!

PREGONERO: Su insistencia en confundirme con alguien más de su pesadilla.

FERNANDO: (Retador.) ¿Y si no quiero continuar?

PREGONERO: (Sopla en la charola a la cara de Acuña. Entra polvo a los ojos de Fernando.) Su cuota, por favor.

FERNANDO: (Indeciso.) ¿Y si quiero que se acabe todo esto?

PREGONERO: Usted sabe que no es posible. (Imperativo.) ¡Pague!

FERNANDO: (Desesperado.) ¿Pero no entiende que no tengo más manecillas, carátulas?

PREGONERO: (Le da un codazo cómplice.) No se haga, el tiempo es oro.

FERNANDO: (Desesperado muestra sus bolsillos vacíos.) De verdad.

PREGONERO: (Le saca del uniforme un hermoso reloj de bolsillo.) ¿Qué tal esto?

FERNANDO: (Amenaza.) ¡No se atreva! (Pausa.) ¿No entienden que me hice el propósito de no batirme.?

PREGONERO: (Juega con el reloj. Irónico.) Muy bien podría servir, ¿no lo cree?

FERNANDO: (Saca su sable y lo encara.) Ese reloj me lo dio Cristina, (en voz baja) no puede pedirme eso.

El Pregonero se encoge de hombros y da la media vuelta para salir.

PREGONERO: Entonces, ni hablar.

FERNANDO: ¿A dónde va? (Pausa.) No me deje aquí. (Pausa.) Hice el juramento de no batirme nunca más.

Silencio del Pregonero que se ha detenido frente a la reja-puerta-ventana y, con un rechinado metálico en off, la abre. El sable se escurre de las manos de Fernando.

FERNANDO: (Suplicante.) ¡Por favor! (En un hilo de voz.) Está bien, dímelo.

El Pregonero regresa, complacido, y entrega el bello reloj a Fernando. Éste lo pone en el piso y con la empuñadura de su arma hace trizas el reloj. Toma algunos fragmentos y los deposita sobre la charola. El Pregonero asiente, conmovido.

PREGONERO: Siendo así, concluyamos: (Se pone un sombrero de copa, lentes rojos y asume la actitud solemne de un padrino de duelo.) Dado que Vicente Mateos lo abofeteó..., o bueno, lo golpeó públicamente en casa de Cristina y es usted el ofendido escoja el arma que servirá.

FERNANDO: ¿Pero no sabe que se publicó en el diario que hoy nos batiremos en Mixcoac?

PREGONERO: ¿Y?

FERNANDO: El regente de la ciudad mandó policías para que nos detengan.

PREGONERO: ¡¿Qué importa?! Cambiaremos de lugar y hora. Será en la madrugada de mañana y el lugar dejaremos que lo escojan los padrinos de Mateos.

Cristina, en otra zona, se pasea con un antifaz en el rostro.

FERNANDO: (Agarra su cabeza.) Está bien, está bien, pero que acabe todo esto pronto...

PREGONERO: ¿Qué arma escoje?

FERNANDO: ¿Puedo imponer una condición?

PREGONERO: Depende. Si es razonable.

FERNANDO: Será con arma blanca, con sable...

PREGONERO: (Asiente.) Nada fuera de lo común.

FERNANDO: Pero primero jugaremos una partida de ajedrez.

PREGONERO: (Ríe irónico.) ¡Pero, mi señor don Fernando, van a un duelo, no a un día de campo!

FERNANDO: (Angustiado.) ¿Entonces?

PREGONERO: Solicitud denegada.

FERNANDO: Pero es que...

PREGONERO: Si me escucha una recomendación de amigo, señor De Acuña, debe conservar su dignidad de caballero hasta lo último.

FERNANDO: Lo sé, lo sé.

PREGONERO: ¡Entienda: Vicente Mateos no sólo lo injurió de palabra sino que también le puso la mano encima!

FERNANDO: (Resignado.) Está bien, olvídalo. (Recobra el aplomo.) ¡Dígale a Vicente que se prepare porque lo voy a atravesar antes de que pueda ver el sol!

El Pregonero pasa por donde está Cristina, le pide con una señal que se siente y hace mutis. Ella accede y se quita el antifaz en cuanto corrobora ha salido el Pregonero. Sus labios carnosos están pintados de un rojo muy encendido. Fernando llega a esa zona y se sorprende de la presencia de la joven.

FERNANDO: ¿Qué carajos haces aquí? (Imperativo.) Vete, por favor, no quiero verte. Ya lo sabes.

CRISTINA: (Se acerca a Fernando. Con dulzura.) No me recibas así.

FERNANDO: ¡Qué desfachatez!

CRISTINA: Te suplico me escuches.

FERNANDO: ¿Quieres que te aplauda lo que has conseguido?

CRISTINA: ¡Hablemos!

FERNANDO: Eres una puta.

CRISTINA: (Descontrolada.) ¡No me hable así, "caballero", no se lo permito!

Fernando, furioso, la jala del cabello.

FERNANDO: ¡Ah, ¿no?!

CRISTINA: (Llorando.) Suéltame.

FERNANDO: ¿No me lo permites, Cristina?

CRISTINA: ¡Cabrón!

FERNANDO: ¡Eh!

CRISTINA: Por favor.

FERNANDO: ¿Te duele?

CRISTINA: (Con voz aguda.) ¡¡Por favor!!

Fernando la arroja con violencia al piso. Se sienta y hunde la cabeza entre sus manos, arrepentido. Largo silencio en el que se escuchan las respiraciones agitadas de ambos. Parece que él va a llorar pero una risa convulsiva lo invade poco a poco hasta termina en una carcajada.

FERNANDO: (En voz baja.) Hueles a sudor y a sexo... (Pausa.) Eres tan extraordinaria, ¿no es cierto? (Pausa.) Acabas de estar con él, no lo niegues, y vienes con su olor para aventármelo en la cara. (Risa dolorosa.) No sé por qué no te mato a ti en vez de batirme con ese pobre imbécil... (Pausa. Redobla la risa.) ¡Somos un par de imbéciles!

CRISTINA: (Llorosa.) Desde un principio acordamos todo, Fernando, acuérdate. (Pausa.) Quedamos en no exigirnos nada, en ser independientes, en no rendirnos cuentas.

FERNANDO: Sí, pero no pensé que fueses... tan... cínica.

CRISTINA: (Se levanta.) Otra vez ibas a decir "puta".

FERNANDO: (Luego de una gran pausa.) ¡Sí, eso iba a decir!

CRISTINA: (Dolida.) ¿No hay algún insulto para llamar lo que tú haces, al igual que yo? (Silencio. Severa.) Siempre has llevado a la cama a quien se te ha convertido en antojo... No veo por qué he de ser una puta.

FERNANDO: Te pedí que no te metieras con Vicente y te lo cogiste.

CRISTINA: (Irónica.) Qué fea palabra les gusta usar a ustedes, pero es la única que se saben. (Pausa. Intenta irse.) ¡Eres un imbécil!

FERNANDO: (La detiene del brazo. Tranquilo.) Y lograste lo que querías...

CRISTINA: (Decepcionada.) Me dijiste que éramos de la misma especie, que nos pertenecíamos para siempre, en esta libertad de querernos. Por eso me enamoré de ti.

FERNANDO: Eso pensé pero no fue así...

CRISTINA: Puse las cartas sobre la mesa desde un principio.

FERNANDO: (Con dolor y sarcasmo.) Conseguiste lo que querías y por eso te odio...

CRISTINA: Es muy fácil culpar a los demás por las acciones propias. (Pausa.) Siempre estabas mencionando a Vicente. (Pausa.) Bueno, hablabas de él como de un ser excepcional y querías que no me interesara. Hasta llegué a pensar que te gustaba.

FERNANDO: (Sorprendidísimo.) ¿A quién?

CRISTINA: (Seria.) A tí.

FERNANDO: (Muy irritado.) Estás verdaderamente loca.

CRISTINA: (Queriendo arreglar las cosas.) Bueno, es que ustedes se ven tan...

FERNANDO: (Furibundo.) ¡Eres una enferma!

CRISTINA: (Disculpándose.) Perdón, no creí que te pusieras de este modo... (Confundida.) Estás mal interpretando.

FERNANDO: (Indigado.) Pero si estás diciendo que...

CRISTINA: Creo que Vicente y tú se tienen un cariño demasiado... (Pausa. Mueve negativamente la cabeza.) Mejor me callo, estoy diciendo todo de la peor forma.

FERNANDO: Y ahora nos enfrentas...

CRISTINA: No quiero que se maten.

FERNANDO: Él me golpeó en tu casa y por causa tuya, ¿lo olvidas?

CRISTINA: (Suplicante.) ¿Y si renuncias al duelo?

FERNANDO: (Saca una carta de su uniforme y se la entrega.) Léela hasta mañana, si Vicente tiene más suerte.

CRISTINA: ¡Renuncia por favor!

FERNANDO: Se te olvida el público ¡y los riporters! (Pausa.) Qué dirían mañana en Siglo XIX y en el Monitor Republicano... Sus redactores están a la caza de nuestros más mínimos temores. (Silencio.) Y no los voy a complacer, ¿está bien?

CRISTINA: Pero ¿qué importa lo que puedan decir o pensar?

FERNANDO: (Mueve la cabeza negativamente.) Ahora sí ya no comprendo nada. ¿Viniste a abogar por quién?

CRISTINA: Te amo, Fernando.

FERNANDO: ¿Crees que no te conozco?

CRISTINA: De verdad.

FERNANDO: Señora mía, por una sola vez, cuando menos hoy, en este momento, no me tome por un estúpido.

CRISTINA: Es que no estoy...

FERNANDO: (Se hinca y toma sus manos entre las suyas.) Mi pequeña, mi detestada, mi insoportable dueña, ¿piensas que no me he dado cuenta de cómo nos llevaste hasta este punto sin que lo hubiéramos deseado?

CRISTINA: (Elusiva.) ¡No!

FERNANDO: (Sonríe irónico.) Fíjate, precisamente tu visita de hoy me deja más claro todo.

CRISTINA: Sólo ves lo que tu orgullo te deja ver.

FERNANDO: ¿Crees, realmente, que no sé que ya te rechazó Vicente?

CRISTINA: Eres un... eres un.... Te crees que el mundo da vueltas sobre tu eje.

FERNANDO: (Irónico.) Sí, claro, a lo mejor no me debería haber dado cuenta de que su amor es ya historia. ¿Verdad?

CRISTINA: ¡Mientes!

FERNANDO: Ni tampoco que te dejó de amar en cuanto terminó su orgasmo.

CRISTINA: ¡Cállate!

FERNANDO: (Dolido.) Él ya no te quiere más como te gustaría.

CRISTINA: ¡¡Cállate!!

FERNANDO: (Derrotado.) Como a mí me hubiera gustado que tú, la hija de la gran puta, me quisiera, a mí, a tu cómplice, a tu siervo.

Intenta Cristina levantarse pero él se lo impide.

CRISTINA: Suéltame, déjame ir.

FERNANDO: Sin tanta prisa... No te preocupes, no voy a culparte por ninguno de los dos cadáveres.

CRISTINA: ¿Para qué te pusiste ese uniforme viejo?

FERNANDO: (Irónico. Elude contestar.) Es más, prometo, ahora que te veo tan arrepentida de haber provocado este lance, que no voy a matar a tu preferido.

CRISTINA: (Furiosa.) ¿Por qué te lo pusiste?

FERNANDO: (Irónico abre los brazos en cruz.) Dejaré que su acero me atraviese con una sonrisa en los labios.

CRISTINA: (Histórica lo golpea.) ¡Contéstame!

FERNANDO: (Toma con fuerza sus manos y la besa.) Para que me traiga suerte. Con él maté hace veinte años al capitán González.

Oscuro sobre la pareja y, en una calle de luz, vemos al Pregonero que, vestido de general, se pasea de un extremo a otro dando órdenes. Cada dos o tres pasos se golpea el muslo con un fuste. Fernando entra a la calle de luz y se cuadra.

PREGONERO: (Habla anorteñado.) ¡Qué bueno que llega, capitán de Acuña, me alegra verlo porque así puedo salir a la capital ahora mismo escoltando al señor Presidente!

El Pregonero entrega el fuste a Fernando quien se queda viendo el objeto sin entender.

PREGONERO: (Con complicidad.) No sea bruto, quisieron que usted se encargue de la ejecución.

FERNANDO: (Titubea.) Se supone le tocaría al capitán González por ser capitán primero.

PREGONERO: ¡Ah, cómo es necio, verdá de Dios! Pues desde orita es ya usted mayor y se encarga del asunto.

FERNANDO: Pero...

PREGONERO: Cierre la boca... ¡Ah, y cuando vayan a embalsamar el cadáver recuérdese, capitán... (Sonríe. Escupe.) Perdón, no se me ande olvidando, mayor, de conservar los ojos del "emperador" en un frasco de formol. Don Benito no sé qué diablos trae que le da mucha curiosidad cómo miraba el difunto. ¡Vaya usté a saber!

Sale el Pregonero y se escucha una descarga de fusiles. Fernando se cuadra. El Pregonero regresa ahora con vestimenta muy formal y sombrero de copa. Toma y manipula un sable como si jugara con un taco de billar. Le saca filo a la punta como si aplicara gis al taco y vuelve a manipularlo. Suelta una carcajada que queda flotando en el aire, multiplicada, como un eco. Fernando observa las acciones del otro sumamente tenso y se dirige con pasos titubeantes a él.

FERNANDO: ¿Acaso se ha acobardado mi contrincante?

PREGONERO: (Irónico.) ¿Usted cree?

FERNANDO: (Nervioso.) ¿Qué hora es?

PREGONERO: De irnos: las tres treinta. En cuanto clareé se verán las caras.

FERNANDO: Está bueno.

PREGONERO: (Inquisitivo.) ¿No va a ir con ese uniforme juarista, o sí?

FERNANDO: ¿Por qué no?

PREGONERO: Usted ya no es militar.

FERNANDO: Pero sí supersticioso.

El Pregonero asiente y da una sonora palmada. Todo el espacio se transforma en una inmensa cuadrícula de luz y oscuridad. Cristina, de riguroso luto y con antifaz está sentada en un gran trono en uno de los cuadros de luz. Fernando, solo, voltea a los lados. En un cuadro aparece, de pronto, Vicente. Fernando se lanza impetuoso para alcanzarlo con su arma pero su contrincante desaparece para reaparecer en otro punto. Mismo juego. Fernando suda copiosamente y está fatigado. Surge Vicente a su espalda.

VICENTE: (Irónico.) ¿Fatigado, maestro?

FERNANDO: (Mientras intenta alcanzar al otro.) Eres patético, como un títere.

VICENTE: (Ríe y ataca.) No sea infantil.

FERNANDO: (Con sarcasmo.) ¿Sabes quién maneja nuestros hilos?

Chocan los sables y sus rostros quedan a centímetros de distancia

VICENTE: (Agitado.) Su progenitora, seguramente.

FERNANDO: (Da un empujón a su adversario.) Penden de una sola mano, cabroncito.

VICENTE: (Cae. Se incorpora en el acto.) Ahora probará la mía.

FERNANDO: Es la misma mano que nos ha prodigado su habilidad para erectarnos...

Fernando es alcanzado por Vicente. Éste retrocede espantado ante su logro. De Acuña toca con una mano su herida en el hombro y ve la sangre.

FERNANDO: ¡Ahora sí, te vas a morir, pendejo!

VICENTE: ¡Ya veremos!

Intercambian durante escasos minutos golpes sin conseguir herirse. De pronto, Vicente resbala y cae sobre la punta del arma de su enemigo. Se convulsiona, vomita sangre. Se derrumba sobre las rodillas de Cristina. Una música épica inunda el espacio. Ese cuadro se oscurece. La música se vuelve más tensa. Fernando ataca con el sable ensangrentado en todas direcciones presa del terror.

Gime angustiado. De pronto, en un cuadro de luz distante aparece un individuo de espaldas. Fernando se avalanza sobre él y lo traspasa. La música calla súbitamente y se oye un grito. La luz sobre Cristina desaparece. El tipo se voltea y vemos a un Maximiliano con ojos azules inmensos, barbas y unos evidentes orificios de bala en la chaqueta imperial. Se dobla de dolor, cae y finge morir con estertores escandalosos. Carcajadas. Acto seguido se levanta y comienza a quitarse barbas, ojos y hoyos de balas. Es el Pregonero de nuevo que sonríe y, con un movimiento desparpajado, casi cómico, desenfunda una daga rica en joyas y la entierra en Fernando que cae de rodillas. El Pregonero le pone la camisa a Fernando que comienza a rodar por el suelo, como en el principio de la obra. La oscuridad es casi total. Amanece.

PREGONERO: (Entra.) ¡Las cinco treinta y todo sereno! (Fuera de escena oímos un silbato.) ¡Cinco treinta y todo sereno!

FERNANDO: ¡Caballo alerta, peón leal! ¿No escuchan nada? ¡Ahí están las bayonetas, justo un paso adelante de esos pasos! Señora, ¿no lo escucha?

Fernando sigue dando vueltas en el piso. Oscuro final.

Jaime Chabaud. Correo electrónico: jchabaud1@mac.com

Todos los derechos reservados.
Buenos Aires. 2013

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral.
Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar
Correo electrónico: correo@celcit.org.ar